

Fermín Bocos

Las pensiones, 'real politik'

En la cúpula del Partido Popular andan desconcertados. No acaban de entender que Pedro Sánchez siga políticamente vivo pese a las tropelías que ha perpetrado. Vivo y desafiante como cuando anunció que, con o sin el concurso del Legislativo y con o sin Presupuestos, su intención era agotar la legislatura llegando hasta el 2027. Les exaspera con sus manio-

bras. La última, la del liozo decreto omnibus que al final se convirtió en minibús pero que fue diseñado a modo de caballo de Troya para tenderle una trampa al PP, puesto que junto a la revalorización de las pensiones y las ayudas a los damnificados por la dana colaban medio centenar de disposiciones a cual más heterogénea. Entre otras, a modo de trágala, el regalo al PNV del famoso palacete parisino sede del Instituto Cervantes. Lo tumbaron en una primera votación –junto a Vox y Junts– pero ahora, en puertas de la segunda, Núñez Feijóo anuncia que votarán a favor. ¿Por qué? Pues porque, tal como está planteada la cosa, el PP no puede quedar ante los millones de jubilados como el partido que se opone a la revalorización de las pensiones. Una decisión muy de 'real politik' para evitar caer en una trampa.

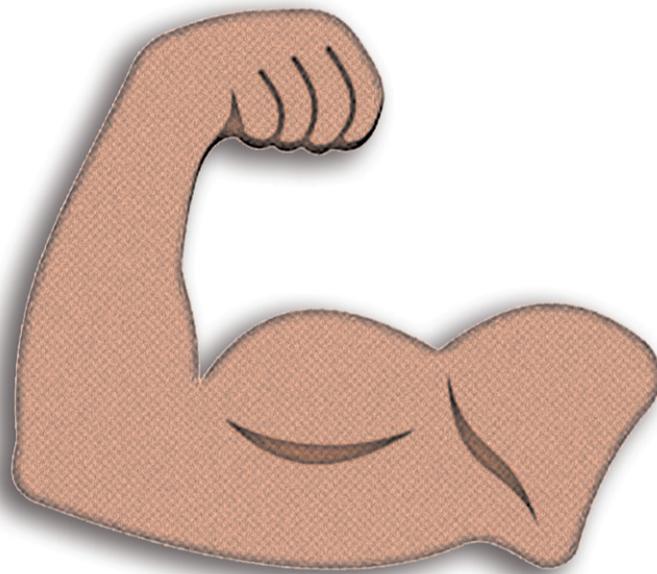
Era una trampa, porque quien había embarrado el terreno diseñando, a conciencia de su potencial provocador, el decreto de la discordia –metiendo dentro la subida de las pensiones– había sido Sánchez. Buscaba poner en un aprieto al PP y en parte lo ha conseguido porque aunque al final van a votar a favor el asunto ha dado pie a discrepancias entre la cúpula de los populares a la hora de decidir el sentido de la votación. La jugada buscaba endosar a Feijóo la responsabilidad de que no fuera aprobada la subida de las pensiones.

Sánchez es así, vive al día y sin prejuicios y no se sienten preocupado por las críticas que generan sus actos. Y eso es lo que desespera a los políticos que dirigen el PP, que en el fondo pecan de ingenuidad al pensar que no puede ser que una y otra vez Sánchez les trolee políticamente sin que sus manio- bras tengan consecuencias. Aunque en esta ocasión han reaccionado a tiempo evitando caer en la trampa de las pensiones optando por una decisión muy de 'real politik'.

LA TRIBUNA | Miguel Ángel Heredia García

Del ocaso de los valores: ¿la autoestima?

Hay que favorecer un adecuado desarrollo de la autoestima en el proceso educativo, pues es un valor que se forja en edades muy tempranas



HERALDO

Hablemos hoy, si les parece, de la autoestima. Creo que somos conscientes de que no saberla gestionar de manera adecuada daña la salud mental en edad adulta con diferentes trastornos. No tengo tan claro que seamos por igual conscientes de si velamos por ella suficientemente durante el proceso educativo.

Saben que otorgo la consideración de valor clave al que transciende al aula y cobra importancia después, en la vida; la autoestima sin duda se ajusta a estas va-

riables. Y es que además se forja o construye en edades muy tempranas y con una rigidez que hace muy complicado que luego pueda reconducirse, y ahí reside el motivo de mi llamada a la actuación. Les aseguro que es mucho más sencillo, una vez dejada la escuela, adquirir conocimientos de cualquier disciplina que poder reconducir nuestra autoestima.

No responde a valoraciones objetivas, no depende de nuestras condiciones físicas, estéticas

o intelectuales, sólo depende de cómo queramos vernos. Por simplificar, depende de si nos focalizamos prioritariamente en nuestros defectos y errores o de si también somos capaces de ver nuestras no pocas virtudes y logros.

Y esa manera de enfocarnos se deberá en parte a lo que hayamos sentido en momentos en los que nos hemos visto en la obligación de responder a unas expectativas, y en los que hayamos obtenido una respuesta, satisfactoria o dolorosa.

¿Nos hemos parado a pensar alguna vez en cuánto nos cuesta reconocer con sinceridad el esfuerzo y logro ajenos? Ejemplos hay numerosos, y en el mundo laboral cada día más, donde este valor es aplicable, como todos los que hemos ido viendo. Con demasiada frecuencia frenamos la autoestima ajena desde la propia frustración. Lamentable.

Lo considero un grave error en la gestión emocional de las relaciones adultas, ya sean personales o laborales, pero me parece imperdonable si estamos tratando con niños o niñas para los que somos referentes, cuando esperan con impaciencia de nuestra parte una reacción de alegría, de aprobación, incluso aplauso ante su actuar.

Vemos marcar unas metas ambiciosas desde temprana edad en las familias, que albergan la falsa percepción de que esa desmedida exigencia pone en el camino del éxito: ¿qué camino?, ¿qué éxito?

Observamos en las aulas cómo esa niña quiere sacar a toda costa la mejor nota de la clase y estudiar medicina, quizás sin desearlo de verdad, para ser como su madre; asistimos a espectáculos lamentables en canchas deportivas donde ese padre desvirtúa la esencia del deporte poniendo por delante no ya que su hijo gane, sino que sobresalga y sea de lejos el mejor del equipo. Seguro que les vienen a la cabeza cir-

cunstancias similares a estas, por lo que no considero necesario extenderme más en este sentido.

No debiera insistir en que la exigencia que marcamos en casa, en las clases y hasta en la sociedad se encuentra en ocasiones por encima de lo recomendable, sobre todo cuando no responde a una estrategia meditada. ¡Cuidado! No se trata de dar por bueno todo lo que hagamos en la infancia, de aplaudir cualquier resul-

«Una solución fundamental pasa por no asignar etiquetas de éxito o fracaso a alcanzar o no una meta»

tado con independencia del compromiso aplicado hasta asumir que apruebe la práctica totalidad del alumnado para evitar dañar su confianza. Para mí, una solución fundamental pasa por no asignar la etiqueta de éxito o fracaso a alcanzar o no una meta, sino por asociar el logro a habernos desempeñado con esfuerzo, con responsabilidad, por una apuesta de superación personal y con esa imprescindible perseverancia. Si hemos actuado de ese modo, no habrá lugar a reproches, ni externos ni propios.

Pensemos, por último, que educar en valores es primordial pero tremendamente lento. Es un proceso constante. No basta con una conversación bien estructurada, y no digamos ya con un monólogo ciceroniano, sino que se necesita que una y otra vez demos ejemplo sobre aquel principio que consideramos clave, que dediquemos el tiempo necesario a que se asiente, y, en este caso, a acompañar en la consecución de las metas y no solo a aplaudir o reprobar su consecución o no.

¿Trabajamos de una vez para que la falta de autoestima en las aulas de hoy no sea un problema en nuestras vidas de mañana?

Miguel Ángel Heredia García es presidente de la Fundación Piquer

| José Luis Mateos

El circo de Trump

Es el signo de los tiempos. El espectáculo con fuegos artificiales, globitos y la banalización de los acontecimientos más importantes, que marcarán nuestras vidas. Aquí mismo, en España, mucho criticar a los americanos, pero no hay país de la Unión Europea que haya imitado más, en todo, a los Estados Unidos de América. Sobre todo en la manera de vivir y actuar. No hay presentación de deportistas ni celebración de cualquier cosa que no lleve consigo gastos para el espectáculo de luces, color e histerismos colecti-

vos por cualquier cosa. Celebraciones para todo. Así se tiene contento al pueblo como en los anfiteatros del imperio romano. «Panem et circenses».

Vimos la toma de posesión de Donald Trump, y la posterior celebración en un abarrotado pabellón polideportivo (esto último lo vimos solo un rato, que ya cansaba). Para niños. Con uniformes de todo tipo y especie desfilando marcialmente con sus banderas. Y los discursos narcisistas y megalómanos. Es el espectáculo al fin. En estos tiempos, lo único que

parece que tiene importancia. Y el espectáculo, con Donald Trump y Elon Musk –quien parecía hacer un tibio saludo nazi–, está asegurado. Es el estilo de los predicadores protestantes que abundan sobremanera en Estados Unidos. Es el estilo que tan bien está reflejado en esa película de Richard Brooks, 'El fuego y la palabra', en la que la predicadora Jean Simmons estaba acompañada en el reparto por un cínico Burt Lancaster. El histerismo bobalicón tan propio de aquellas tierras. Pero ya verán como, más pronto que tarde, lo veremos por aquí. Quién lo iba a decir tras tantos años de cultura 'progre' campando a sus anchas. Es la ley del péndulo.

Pero lo que más llamó la atención fue la exhibición del sombre-

ro de rejoneador (para compensar la fobia antiespañola de Donald) que lució la primera dama, Melania, no sabemos si para pasar ¿inadvertida?, para no humillar con su bellezón a las otras vetustas colegas anteriores allí presentes, o para evitar que el protocolario beso de Donald alcanzase su mejilla (lo más probable).

Casi le quita el protagonismo televisivo su hijo Barron, el heredero, más de dos metros de altura, lo que le garantizaría, como pivote de la NBA, un holgado porvenir si le fallan los negocios familiares. La gomina de Barron es todo un símbolo de la verdad del futuro gobierno de Trump, más que un Kennedy, un gay, un negro, dos hispanos y cuatro féminas más, quienes no podrán disimularlo.